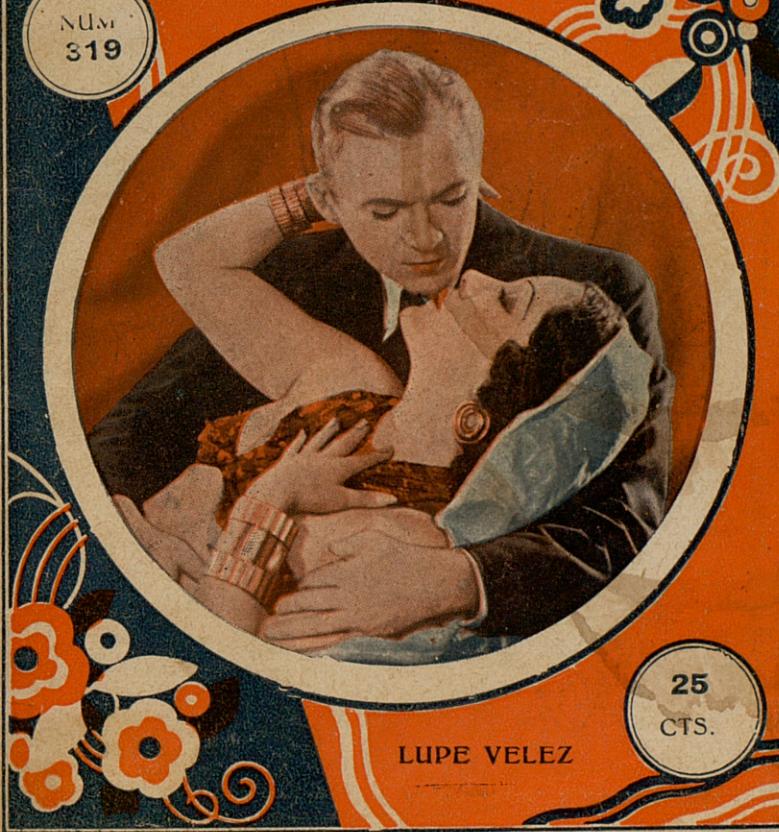


Films de Amor

AMERICAN BLUFF

NUM
319



25
CTS.

LUPE VELEZ

FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO: EDITORIAL
RAMÓN SALA VERDAGUER

REDACCION ADMINISTRACION Y TALLERES:
Valencia, 234-Apartado 707-Barcelona



AGENTE DE VENTAS
Sociedad General Española de Librería - Barberá, 14 y 16 - Barcelona

ANNO VII APARECE LOS JUEVES NÚM. 319

THE HALF NAKED TRUTH 1932

AMERICAN BLUFF

Adaptación en forma de novela de la película del mismo título, interpretada por

LUPE VELEZ

Narración de M. NIETO GALÁN

Producción R. K. O. Radio

Distribuida en España por

S. I. C. E.

Paseo de Gracia, 77 Barcelona

INTÉPRETES:

Teresa	LUPE VELEZ
Jimny	Lee Trace
Farrell	Franck Morgan

ARGUMENTO DE LA PELICULA

PRIMERA PARTE

En las afueras de un pequeño pueblo del Oeste americano, el anunciador del circo que acababa de instalarse, gritaba a pulmón lleno, para atraer al público:

—¡Pronto conocerán a la dama que está a mi derecha, la bella Sultana! La única que ha bailado ante las testas coronadas de Europa y del Oriente, y ante el rey de Siam!

Pero el público no se decidía a entrar a pesar de la insistencia del anunciador, un muchacho de unas veinte años, de aspecto simpático y decidido, a quien sus compañeros llamaban Jimmy Bates. La mujer que estaba a su lado representaba tener la misma edad que él, iba vestida de odalisca y su belleza, una morena fascinadora, era lo que más llamaba la atención del auditorio que escuchaba al anunciador.

Era aquel el circo del coronel Mundy, que desde hacía tiempo iba de un lado a otro en tan lamentable estado que hasta el Hércu-



Jimmy Bates, era el novio de la bella Sultana.

les desfallecía de debilidad y la mujer gorda adelgazaba alarmantemente.

Jimmy Bates era el agente de publicidad del circo, aun cuando el coronel no le dejaba desarrollar todas sus ideas y además de esto era también el novio de la bella Sultana, que para hacer honor a su nombre, era más celosa que una oriental.

Los celos de la bella sultana estaban justificados hasta cierto punto, toda vez que entre

las que formaban parte de la compañía había una rubia llamada Tamal que perseguía al joven anunciador con gran desespero de la Sultana.

—Vender aquí entradas es como sacarles los dientes con un serrucho. No compran ni los que no piensan pagar.

—¡Pues hágales usted comprar!—exclamó el coronel—. Para eso le pago.

—¿Qué me paga usted?—exclamó riendo Jimmy—. ¡Se ha olvidado que hace cuatro semanas que no me da un dólar?

—¡Pues sí no le conviene, márchese!

—Para echarme tiene usted que pagarme.

El coronel calló pensando que no podía pagarle y Jimmy volvió a decirle:

—La culpa de todo lo que pasa la tiene usted y solamente usted. Si me dejara explotar mis ideas otra cosa sucedería. La gente progresá en los tiempos actuales y ya nadie quiere ver danzas apollilladas por los años, ni a mujeres gordas, ni a monstruos... Hay que idear algo nuevo.

Y cuando más animados estaban en esta conversación, apareció la Sultana, que había visto momentos antes a su novio hablanto con la rubia y los celos la llevaron en busca de su prometido para matarle.

Al enfrentarse con su novio le gritó desesperada:

—¡Quería encontrarte para matarte!

—A mí, ¿por qué?—preguntó Jimmy.

—No te hagas el nuevo. Ya sé que rondas a esa rubia.

Y al mismo tiempo que decía, encañonó a su novio para disparar sobre él. Rápido como el pensamiento, Jimmy se abalanzó sobre su novia y le quitó la pistola, pero el tiro se le escapó e hizo blanco... sobre una botella de tinta encarnada que se desparramó sobre el pecho de la Sultana.

Durante unos segundos Jimmy quedó pensativo, hasta que de pronto exclamó:

—¡Ya está!... ¡Ahora sí que hemos hecho la suerte!... ¡Siéntate aquí!—le ordenó a su novia—. Ahora todos callados. Ya veréis lo que he pensado.

Salió a fuera, donde el público se hallaba congregado esperando saber a qué se debía el ruido de aquel disparo y Jimmy les dijo:

—Tengo algo terrible que confesarles, amigos. La bella Sultana ha tratado de suicidarse. La pobre acaba de saber de su padre, a quien no conoció nunca y le han dicho que vive aquí... Veinte años hace que su madre, una trapecista, fué... ¡ah, cómo odio esta palabra!, fué seducida villanamente por un miserable que mora en esta aldea... Abrumada por el oprobio la Sultana rehusa decir el nombre del seductor, pero yo les prometo arrancarle el nombre del miserable, antes de la función de



— ¡Siéntate aquí! — le dijo a su novia.

la noche y hacerlo público para que sea conocido de todos ustedes.

Como es natural, la noticia causó una verdadera sensación entre aquella gente. Los viejos empezaron a recordar sus aventuras juveniles para ver si entre alguna de ellas figuraba la de una trapecista y el resultado fué que aquella noche el circo se llenó a más no poder.

Jimmy no cabía en sí de gozo al ver el resultado que había dado su estratagema, pero

el coronel que no las tenía todas consigo, le dijo:

— Todavía no podemos cantar victoria... A lo mejor tenemos que salir le aquí huyendo cuando el público insista en saber el nombre que se le ha prometido.

— Ya lo tengo — respondió Jimmy. — He buscado uno en el cementerio. Es el de un pobre infeliz que murió ahorcado por cuatro ros y que a nadie puede molestar.

Pero al mismo tiempo, uno de los viejos habitantes del poblado, uno de los que más aventuras habían corrido en su juventud, quiso hacer callar al anunciador para que no divulgase el nombre del seductor, por si acaso era el suyo y se fué en su busca.

En vez de tropezar con él se encontró a Tamal y pensó que lo mejor era sobornar a aquella artista que tal vez supiera el nombre que iba a pronunciar el avisador. Sin andarse por rodeos, fué directamente a su objeto y le dijo:

— ¿Usted sabe el nombre del padre de la Sultana?

Los celos que Tamal sentía contra la Sultana, porque ésta había conseguido el amor de Jimmy, le hicieron ver que podía vengarse de ella y a la pregunta del pueblerino respondió:

— Ese nombre no lo sabe ni ella misma. Lo único que ha pasado es que Jimmy ha ido al

ementerio y ha buscado un nombre para hacerlo público esta noche.

—¿Entonces todo ha sido un engaño?— preguntó indignado el buen hombre.

—Claro que sí—respondió Tamal—. Todo ha sido un bluff, como suele decirse, un medio de propaganda.

—¡Granujas!—exclamó cada vez más indignado—. Ahora verán que no es tan fácil burlarse de los de aquí.

Corrió en busca del "sheriff" y dió cuenta del timo de que daban sido víctimas y la intervención de la autoridad local dió lugar a que Jimmy tuviera que huir de allí acompañado de la Sultana, antes de que lo lincharan entre todos.

CUIDADO !!!!

ha llegado...

KING-KONG

SEGUNDA PARTE

Días después la pareja de enamorados llegaban a Nueva York y Jimmy, ni corto ni perezoso, se fué hacia el hotel Saboy Ritz. A la entrada hizo separarse a los camareros al mismo tiempo que les decía:

—¡Abran paso a la princesa!

Sultana seguía a su novio y en un momento en que pudo hablar con él, sin que nadie la escuchase, le preguntó:

—¿Dónde vamos?

—Al pináculo de la gloria—respondió Jimmy, al mismo tiempo que hacía una gran reverencia a la fingida princesa y le decía en voz alta, para ser oído de todos:

—¡Entrad, princesa Medula!

Luego fué hacia el "maître" del hotel y le preguntó:

—¿Reservó las habitaciones para la princesa Medula?

—Aquí no hemos recibido ninguna orden— exclamó el "maître".

—Es extraño—respondió Jimmy—. Mi es-

clavo avisó personalmente al hotel Saboy Plaza.

—Es que éste hotel es el Saboy Ritz.

—¿El Saboy Ritz? — exclamó Jimmy—. Entonces me he equivocado... Perdonen... Nos iremos inmediatamente.

—¿Y por qué no se quedan aquí? — preguntó el “maître” —. Ya que están aquí podrían ocupar las habitaciones imperiales que tengo preparadas.

Jimmy habló con la princesa usando una especie de camelo, para que nadie le entendiese, incluso ni ella misma y luego se volvió al “maître” y le dijo:

—La princesa accede, puede usted arreglar sus habitaciones y procurar que la mía esté cerca... Yo soy su agente de confianza.

Media hora después se hallaba la pareja acomodada en las habitaciones más lujosas del hotel y ella le preguntó tímidamente:

—¿Y ahora qué hacemos?

—Obedece y en tres días la gloria será nuestra — respondió Jimmy abrazándola alegramente.

Ella lo rechazó dulcemente diciéndole:

—Pero ¿te has vuelto loco?... ¿Y si descubren que yo no tengo nada de princesa, ni que Aquiles, este buen amigo que nos acompaña, es eunuco, ni mucho menos.

—No te importe — replicó Jimmy —. Yo sé de estas cosas mucho más que tú y ya verás

como todo sale a las mil maravillas. El público de las grandes ciudades es a veces más tono que el de una aldea. Hay que hacer publicidad y de eso yo me comprometo.

Con el dinero, muy poco por cierto, que tenía Aquiles, Jimmy fué a un parque zoológico y compró un pobre león que estaba medio muerto de viejo, para que sirviera como mascota inseparable de la princesa.

La noticia de que en el hotel Saboy se hospedaba una exótica princesa atrajo la curiosidad de los reporteros, siempre en busca de alguna noticia sensacional y faltó tiempo para que se presentaran al hotel, pretendiendo ser recibidos por la princesa.

Cuando Jimmy se enteró de ello exclamó alegramente:

—¡Ya está la suerte hecha!... Ahora — le dijo a Aquiles —, abre la puerta para que se enteren de lo que hablo.

—¿Qué piensas hacer? — le preguntó su compañero.

—Fingiré que estoy hablando con Merle Farrell, el empresario más importante de Nueva York... Ya verás, ya verás.

Aquiles obedeció la indicación de su amigo y Jimmy cogió el aparato telefónico y se puso a hablar diciendo, de forma que fuese oido por los periodistas:

—Hole, Merle... Sí, si acabo le llegar... Imposible, hoy no podré ir a verle... Estoy muy

cansado... Sí, recorí su oferta, pero aun lo estoy pensando... La princesa se niega a trabajar en esas condiciones... Mejórelas un poco y llegaremos a un acuerdo.

Luego recibió a los periodistas que le preguntaron:

—¿Es cierto que la princesa se presentará en la revista que está montando Farrell?

—Eso quiere él—respondió con indiferencia Jimmy—. Ahora mismo me ha llamado para hablarme otra vez de ello.

—¿Y cree usted que llegarán a un acuerdo?

—No me cabe duda. Farrell es un hombre que entiende el espectáculo y sabrá darse cuenta de que la inclusión de la princesa en su revista es asegurarse el éxito de antemano.

—¡Es un caso excepcional ese Farrell!—comentaron admirados los periodistas—. Lo que él no encuentra, nadie puede lograrlo.

Jimmy se iba dando cuenta de que los periodistas se iban tragando el anzuelo y de que la cosa se presentaba mucho más fácil de lo que él había imaginado.

Y en efecto, una hora después Farrell, que no sabía nada de aquella princesa, empezó a recibir felicitaciones de los periodistas que le dijeron:

—Ya sabemos que ha contratado usted a la princesa Medula, esa belleza oriental.

—Están ustedes equivocados, señores—res-

pondió Farrell—. Yo no he contratado a nadie.

Los periodistas se echaron a reír y volvieron a decirle:

—Se comprende que quiera usted guardar el secreto, pero le advertimos que hemos hablado con su representante y éste es el que nos lo ha comunicado... Nuestra más entusiasta felicitación... Un número así será el triunfo definitivo de su revista.

Y al día siguiente, con gran asombro para Farrell, los periódicos publicaron fotografías de la princesa y forjaron alrededor de ella la más peregrina historia que pudiera imaginarse.

Resultado de todo ello fué el que el público sintiera una curiosidad inmensa por todo lo que se refería a la princesa Medula y que Farrell comprendiese que la exclusión de aquella mujer, que debía tener de princesa lo que él de cura, sería un éxito definitivo.

El mismo público se la pedía con insistencia, a diario recibía felicitaciones por su nueva adquisición y finalmente él mismo fué en persona al hotel Saboy para hacerle proposiciones a Bates, con el fin de que la princesa Medula actuase en su próximo estreno.

Al ver al agente, Farrell no pudo menos que decirle:

—Le felicito, joven. Es usted un publicitario inmenso. Yo soy el empresario Farrell.

—Le esperaba—respondió Jimmy.

—¿Que me esperaba usted?—preguntó extrañado el empresario.

—Claro que sí. De todos es conocido el talento que tiene usted como empresario y sabía que no iba a perder la ocasión de contratar a una artista que puede ser para usted un éxito definitivo.

Aquella misma tarde quedó firmado el contrato y la princesa Medula, la antigua Sultana, o mejor dicho, para llamarla por su verdadero nombre, Teresa, se encontró por obra y gracia de la publicidad que su novio había hecho de ella, elevada al rango de primera estrella del Broadway.

No deje de adquirir todos los jueves

FILMS DE AMOR

**la novela blanca preferida
por todas las señoritas.**

TERCERA PARTE

El éxito obtenido por la exótica princesa fué rotundo, un éxito que repercutió en la taquilla del teatro e hizo que fuese solicitada por todos los empresarios. Más el contrato que tenía con Farrell le impedía actuar en ningún otro sitio y Teresa tuvo que contentarse con actuar allí.

Empezó para Teresa una vida de lujo y fastuosidad que jamás había conocido. Vivía en el hotel Saboy, en compañía de Jimmy y éste seguía haciéndole la publicidad con igual tesón que en un principio.

La estrella de Teresa parecía que nunca iba a eclipsarse y constantemente recibía regalos de sus admiradores. El que más empeño ponía en sobresalir en estos agasajos era el propio Farrell, en quien la belleza de la joven había causado una gran impresión.

Teresa por su parte se dejaba hacer la corte descaradamente por el empresario, sin pensar en que éste era un hombre casado, sino que



Teresa por su parte se dejaba hacer la corte...

deslumbrada por los regalos de él, se dejaba seducir.

Jimmy no podía sospechar de su novia. Tenía el convencimiento de que le era fiel, pues no solamente era el amor el que los unía, sino que además Teresa le debía el haber llegado hasta aquel elevado lugar del arte.

La vida para Jimmy, seguro del amor de Teresa, era una completa felicidad, lo mismo

que lo era para ella, viéndose rodeada de tanto lujo y de tanta popularidad.

Lo que menos pensaba la joven en aquellos días era que todo aquello se lo debía a Jimmy, sin cuya ayuda jamás hubiera llegado a aquella situación. Ni su arte ni sus medios económicos le habrían permitido salir del miserable recinto de un circo.

Pero como todo llega en el mundo, también llegó el día en que Jimmy se enteró del engaño en que le tenía Teresa.

Una noche había vuelto él de un viaje, para preparar algunos contratos para Teresa, cuando encontró a ésta en el hotel y le dijo:

—Quiero que vayamos a cenar juntos a un restaurant... Hay que celebrar alguna vez nuestra actual posición.

Teresa dudó un instante antes de responder. Pensaba que aquella precisamente estaba citada con Farrell para ir a cenar con él y esto le hizo decir:

—Te lo agradezco, Jimmy, pero no puedo... No tengo ganas de salir.

—Es que he citado a varios amigos y quisiera que vinieses conmigo para presentarte a ellos, como mi prometida.

—Otro día será—insistió Teresa en su negativa—. Tú puedes ir... Yo te esperaré aquí.

Jimmy, sin sospechar nala anormal, salió en busca de sus compañeros, pero sin decirle a Teresa el restaurant al que pensaban ir.

Hacía un rato que estaban con sus amigos, cuando vió entrar a su novia acompañada de Farrell. Comprendió entonces el por qué se había negado a ir con él y más aún cuando vió la actitud del empresario y de Teresa.

Sentados en una mesa completamente aparte de los demás parecían dos tórtolos que estuvieran arrullándose y la indignación que se apoderó del joven fué enorme. Mas Jimmy tenía ideas geniales, ideas que concebía en un instante y la que se le ocurrió en aquel instante no fué menor que sus anteriores.

Se disculpó con sus amigos y salió inmediatamente en busca de un taxi, se hizo conducir al hotel y poco después volvía de nuevo al restaurant provisto de una máquina fotográfica.

Entre bromas y risas, para que sus amigos no sospechasen nada, tiró varias placas, hasta que consiguió obtener una fotografía en el momento en que Farrell le estaba dando amorosamente una aceituna a Teresa.

Con esta arma en su poder, Jimmy se sintió más tranquilo, pensando que la venganza podría realizarla cuando quisiese.

No obstante, para ver hasta dónde era capaz la hipocresía de Teresa, procuró llegar al hotel después que ella y la encontró recostada sobre un sofá de su habitación.

—¿Te has distraído mucho?—le preguntó ella zalameramente.



...Farrell le estaba dando amorosamente una aceituna a Teresa.

—Bien sabes qué no estando tú conmigo, yo no sé distraerme—respondió Jimmy, fingiéndolo admirablemente.

—¡Cuánto lo siento! — respondió ella—. Créame que si no me hubiera encontrado tan mal te habría acompañado.

Jimmy no pudo contenerse más tiempo y exclamó:

—¡Mientes, Teresa!... ¡Tú has salido esta noche!

Ella se echó a reír y exclamó:
 —Por Dios, ¿vas ahora a tener celos?...
 ¿No comprendes que eso es muy ridículo?
 —No te lo parecía a ti cuando los tenías de Tamal—exclamó el joven.
 —¿Y qué motivos tienes tú para tener celos?—preguntó tranquilamente ella.
 —Bien sabes que me sobran. Esta noche te has negado a salir conmigo, para ir a cenar con Farrell.
 —¡Eso no es verdad!—exclamó Teresa, queriendo convencer a su novio—. Ya sabes que tengo personas que me quieren mal y que la envidia les habrá hecho calumnarme.
 —Déjate de hipocresías y confiesa la verdad—le dijo Jimmy—. No ha habido nadie que me lo haya dicho. He sido yo mismo quien te ha visto acompañada de él. Casualmente has ido a cenar al mismo restaurante donde yo estaba.

Teresa se vió cogida y no supo ya qué responder, mientras que su novio siguió diciéndole:

—Jamás hubiera creído que hubieras sido capaz de semejante burla...—. ¿Y para esto he hecho todo lo que he hecho por ti?

—¿Me lo echas en cara,—preguntó Teresa excitada.

—¿Acaso no tengo derecho para ello?... ¿Qué hubieras sido tú sin mí?... Sencillamente, una de tantas artistas que corren por

esos mundos de Dios, sin tener apenas para comer.

—Basta ya—exclamó indignada Teresa—. Demasiados insultos te he oído yo. Si quieres seguir como un simple representante mío, no tengo inconveniente en tenerte... Cada uno tiene que vivir su vida.

El quedó atónito ante aquella respuesta. Esperaba una disculpa de ella y al ver su actitud, dejándose llevar por el amor que siempre sintió por Teresa, le dijo:

—Vuelve en ti y no seas loca... ¿No comprendes que ese hombre no te ama? El es casado, tiene mujer e hijos a quienes atender y día llegará en que se cansará de ti y entonces tendrás que arrepentirte de lo que haces ahora... Me buscarás cuando ya será demasiado tarde.

—Si ese es tu único temor puedes desecharlo—respondió Teresa—. Entre Farrell y yo no existe más que una buena amistad, pero no estoy dispuesta a perderla por un capricho tuyo.

—¿Es tu última decisión?—preguntó Jimmy.

—Ya te lo he dicho... Puedes obrar como mejor te parezca.

Y sin hacerle caso se empezó a desnudar, como indicándole que se marchase.

CUARTA PARTE

Al día siguiente Teresa estaba arrepentida de su manera de obrar con Jimmy y fué a buscáro a su misma habitación. Mas éste ya había salido y llamó a la dirección preguntando:

—¿El señor Bates?

—Ha pagado su cuenta y se ha marchado—le respondió el “maître” del hotel.

Teresa no quiso expresar el pesar que aquello le causaba y volvió otra vez a sus habitaciones, presa de una angustia infinita. Comprendía que Jimmy había tenido razón para obrar de aquella forma, pero así y todo, se disculpaba a sí misma pensando que Farrell era el que la tenía contratada, el que la hacia relucir entre las artistas del Broadway y con quien le convenía estar de acuerdo.

Durante algún tiempo nada supo de Jimmy. Parecía que la tierra se lo había tragado y por más pesquisas que hizo ella y Aquiles nada pudieron lograr.

Pero a pesar de ello, Teresa seguía viviendo

su vida de bluff, su vida ficticia, hasta el punto que el mismo Aquiles decidió marcharse para trabajar por su cuenta.

Pasadas algunas semanas empezó a sonar en los diarios el nombre de una nueva artista. Era una propaganda encaminada hábilmente que no podía pasar desapercibida para todo ese público que continuamente está al tanto de cuanto sensacional ocurre.

Se llamaba Elvira Birli y había sido descubierta por Jimmy. Deseaba éste conseguir por todos los medios que estuviesen a su alcance demostrar a Teresa que lo mismo que sabía hacer triunfar a una artista sabía también hacerla fracasar.

La propaganda de Elvira Birli fué haciéndose cada día más intensa, más profusa y Teresa empezó a oír el nombre de la nueva estrella como una amenaza para su popularidad.

Por fin una tarde, al entrar Farrell en su despacho vió sobre su mesa una fotografía en la que estaba él dándole una aceituna a Teresa, en su escritorio había otra igual, encima del secante había otra, al lado del teléfono también aparecía la misma fotografía.

Rápidamente se apoderó de todas pensando que si aquello llegaba a extenderse su ruina sería inminente. Para un hombre casado una fotografía de aquella índole implicaba un escándalo y por consiguiente la ruina. Era preciso que descubriera quién era el dueño

del negativo de aquella fotografía y hacerlo desaparecer. Como llamado con campanillas apareció Jimmy en aquellos instantes y al ver al empresario le dijo:

—¿Me parece que le veo a usted preocupado?

—Mire esto y dígame luego si no tengo razón para ello — le respondió el empresario, mostrándole la fotografía que tan profusamente había encontrado en su despacho.

—Verdaderamente, es para estar intranquilo — respondió Jimmy. Usted es un hombre casado, tiene hijos y un escándalo sería destruir su negocio.

—¿Y cómo evitarlo? — exclamó desesperado Farrell. — ¿Sabe usted algún medio?

—Uno solamente — respondió Jimmy —; destruir el negativo.

—Lo mismo he pensado yo, pero es preciso saber quién lo tiene.

—Tampoco es difícil — respondió tranquilamente el muchacho —. El dueño del negativo soy yo.

—¿Usted? — preguntó asombrado el empresario. — ¿Y qué quiere usted?... ¿Trata de algún chantaje?

—Se equivoca — respondió Jimmy —; quiero solamente devolvérselo a usted... pero con una condición.

—¿Diga cuánto quiere? — exclamó el em-

presario creyéndo que Jimmy venía en busca de dinero.

Mas éste detuvo la acción que hizo de sacarse la cartera y le dijo:

—No quiero dinero. Me basta con el que tengo. Solamente quiero proponerle un negocio. Usted contrata como primera estrella a Elvira Birli y yo le devuelvo a usted el negativo de esa fotografía el mismo día que firme el contrato.

—¿Y qué hacemos con Teresa?

—La deja en segundo o tercer lugar... Ya sabe que el público empieza a estar cansado de ella... Elvira Birli es una novedad que puede ser un éxito para su espectáculo...

Farrell meditó poco tiempo. Por un lado el miedo al escándalo y por otro comprendiendo que Jimmy tenía razón, terminó diciéndole:

—Si son esas las condiciones, aceptadas desde ahora mismo.

—Pues esta noche vendré con el contrato y una vez esté firmado yo le devolveré el negativo de la fotografía... en caso contrario tal vez los diarios quieran publicarla.

—¡De ningún modo! — protestó Farrell —. Traiga usted la fotografía y el contrato y esta misma noche quedará resuelto el negocio.

Jimmy comprendió que desde aquel momento la estrella de Teresa empezaba a eclipsarse... El la haría comprender el error en que había estado creyéndolo ya innecesario y en-

tonces sería cuando tal vez lo llamase para enmendar su equivocación.

Tal como había quedado Farrell con Jimmy, aquella noche cuando llegó Teresa le dijo:

—Es preciso que hablamos seriamente, Teresa. Ha sucedido algo que me obliga, contra mi voluntad, a dar el primer papel de la revisa a Elvira Birli.

Teresa se le quedó mirando extrañada y al fin exclamó, sin poder creer lo que le decía:

—Pero, ¿eso es en serio, o es sencillamente una broma del peor gusto?

—Nada de bromas. Elvira Birli es una artista a quien el público reclama. El público es así, le gusta cambiar, ver siempre algo nuevo.

—¿Es esa la única razón? —preguntó Teresa conteniendo a viva fuerza la indignación que iba apoderándose de ella.

—Hay otra razón —siguió diciéndole el empresario—. Jimmy Bates ha hecho una propaganda enorme a esa mujer. La ha exhibido por toda la ciudad y me temo que si no acepto sus condiciones, otro empresario me tome la delantera... Ya comprendes que esto significaría mi ruina.

—Sí — exclamó Teresa —. Ya comprendo que antepones tu egoísmo a todo lo demás. Sin embargo, no piensas en que yo lo he expues-

to todo por causa tuya. Nuestra amistad ha llegado a interesar al público hasta el extremo de que se murmura de mí.

—Pues por eso mismo debemos terminar. Entre nosotros no ha habido más que amistad y esta amistad ha producido comentarios que pueden llegar a oídos de mi esposa. A mí no me conviene un escándalo de esta índole.

Teresa no quiso insistir más. Comprendió que cuantas razones adujera serían inútiles y su mismo orgullo la hizo exclamar:

—Está bien, me iré; pero os aseguro a Jimmy y a ti, que haré que esa Elvira quede anulada. Lo que sobran son contratos.

Salió indignada y Farrell se encogió de hombros a la vez que daba un gran suspiro, como la persona que acaba de quitarse un gran peso de encima.

Aquella noche, por primera vez desde su llegada a Nueva York, se dió cuenta Teresa de la falta que le hacía Jimmy. Si él hubiera estado a su lado habría tenido siempre recursos para que su popularidad no decayera. Pero a nadie podía culpar puesto que había sido ella misma la causante de cuanto le pasaba. La habían cegado las luces del éxito, sin comprender que todo él se lo debía a Jimmy. Incluso la aparición de aquella Elvira era, sin duda alguna, una venganza de Bates para hacerle ver la realidad de todo. Y lo más extraordinario del caso era que no sentía adver-

sión alguna contra él, sino que, por el contrario, le disculpaba y de buena gana se habría arrojado en aquellos instantes a sus brazos solicitando perdón.

Al día siguiente se presentó a varios empresarios que en otra ocasión la habían solicitado y empezó a darse cuenta que no era lo mismo ofrecerse que ser solicitada. Tuvo que ir reduciendo sus pretensiones y con la misma rapidez que había subido fué descendiendo hasta encontrarse un día sin teatro donde actuar.

En aquella situación se encontró con su antiguo amigo Aquiles.

La alegría de la muchacha cuando lo vió no pudo impedir que le contase cuánto le ocurría, a lo que él respondió:

—Hiciste mal en abandonar a Jimmy; él no hubiera permitido nunca esto.

—Lo sé—respondió ella—, pero ya no hay remedio.

—¿Y por qué no vas en su busca?—le preguntó Aquiles—. El te amaba de verdad y seguirá queriéndote.

—No me atrevo—exclamó Teresa—. El ha sido quien ha lanzado a esa Elvira, y lo ha hecho solamente por vengarse de mí. Por nada del mundo me atrevería a sufrir sus desprecios.

—¿Y qué piensas hacer entonces?—le preguntó Aquiles.

—No lo sé—respondió ella—. Llevo mucho tiempo sin trabajar y no encuentro ningún empresario que me contrate.

Aquiles quedó un rato en silencio hasta que finalmente le dijo:

—¿Quieres trabajar conmigo?

—¿Contigo?—inquirió Teresa extrañada—.

—Acaso te has hecho empresario?

—Soy dueño de un circo, del mismo circo del coronel y si quieres a mi lado tendrás siempre un puesto.

Ni siquiera dudó un instante en aceptar y contestó:

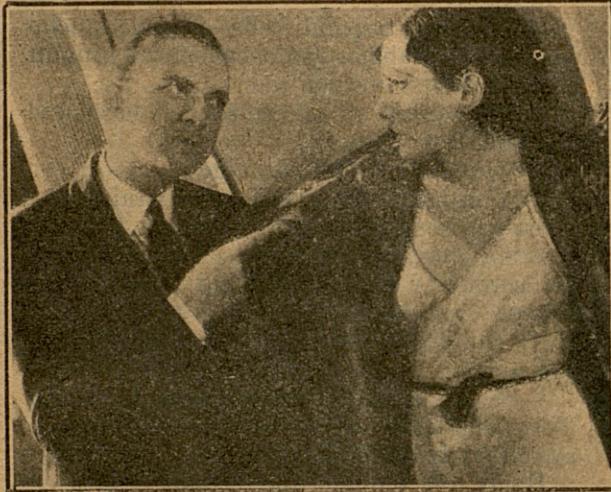
—Sí, iré contigo, quiero irme de Nueva York, donde no oiga hablar más de Jimmy y procurar olvidarlo.

Hacía una semana que Teresa actuaba en el circo, cuando Jimmy recibió un aviso apremiante de Aquiles para que fuera a verlo, diciéndole que de él dependía la suerte de toda su vida.

Jimmy, en aras a la amistad que siempre le había unido a Aquiles, no dudó un instante en trasladarse a donde el circo actuaba y cuando estuvo junto a su amigo le preguntó:

—¿Qué es lo que te ocurre para llamarme con tanta precipitación?

—Necesito de tu ayuda, Jimmy—le dijo Aquiles—. Este negocio va muy mal y solamente tú, con tus ideas de propaganda puedes salvarlo.



— Si, Teresa. Te quería ver así...

— Lo salvaremos—exclamó optimista Jimmy—. Ya verás como dentro de poco esto subirá como la espuma.

— Pues entonces voy a presentarte a la “estrella”. Ven conmigo.

Lo condujo al departamento de Teresa, quien al ver a Jimmy quedó más sorprendida que él. Aquiles desapareció prudentemente, comprendiendo que su presencia allí, más que otra cosa, era importuna.

Teresa, con la vista al suelo, exclamó débilmente:

— ¿Era así como me querías ver?

Jimmy, ante ella sintió que toda su antigua pasión despertaba otra vez en él y cogiéndola entre sus brazos le dijo:

— Sí, Teresa. Te quería ver así, porque de esta manera era como únicamente podíamos ser felices.

Un sollozo de alegría subió del pecho de Teresa, quien echándole los brazos al cuello le preguntó:

— ¿Me perdonas?

Por toda respuesta Jimmy la besó apasionadamente, al mismo tiempo que se oía la voz de Aquiles que exclamaba desde la puerta:

— ¡Ahora sí que estamos todos salvados!

FIN

ACONTECIMIENTO

KING-KONG

La más emocionante
novela de aventuras,
cuyo asunto está
apasionando al mun-
do entero, por su ori-
ginalidad y fulmi-
nante sensación. ☠



PRINCIPALES INTÉPRETES

Precio: **Fay Wray**
UNA pta. **Robert Armstrong**

Pida su ejemplar antes de que se agote a

AYER COMO HOY HOY COMO MAÑANA



BIBLIOTECA FILMS
Y
FILMS DE AMOR

son las invictas
novelas cinematográficas que

NI ENVEJECEN
NI DESAPARECEN
ESTAS SON LAS PRUEBAS

El signo del Zorro
Las dos niñas de París
Los Nibelungos
Los dos pilletes
Ben-Hur
El desfile del amor
Luces de Buenos Aires

EL ÉXITO DE HOY
EL SIGNO DE LA CRUZ

Pida hoy mismo el CATALOGO GENERAL ILUSTRADO,
SUPLEMENTO del mismo y el HERALDO de novedades a
Editorial "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona